

M. Lic. don Alberto Brenes Corrocha

APUNTES

Tomo IV

— 36 —

30 de Setiembre de 1938

—
Director: Elías Jiménez Rojas



San José de Costa Rica

Apartado 230

A P U N T E S

Tomo IV

36

30 DE SETIEMBRE DE 1938

Declaración que aplaudimos vivamente,
con emoción de tristeza y al par de
orgullo nacional.

A modo de circular

Cuando veo en los periódicos mi nombre llevado o traído, o mi retrato, siento un fastidio indecible. El mismo que sentirá el 99 y 99 centésimos por ciento de los lectores. Desde que salí de la presidencia rompí relaciones con la política; y sería locura de mi parte prestarme a reanudarlas para escalar de nuevo las alturas. A veces recibo cartas de simpatía política; las agradezco muy de veras, pero mi regla de conducta es no contestarlas. Le ahorro a los remitentes el tiempo que malgastarían leyendo respuestas negativas. Para decir que nó, más vale no decirlo. Es ahora de estilo que las familias dolientes den por medio de un aviso periodístico sus agradecimientos por coronas, tarjetas y visitas de

condolencia. Las cartas de simpatía política me suenan a ofrendas florales para la memoria de un muerto; y por este medio las contesto, las estimo y agradezco; y de él me valgo para reiterar mi declaración, muy meditada, de que ni busco candidatura política alguna, ni la aceptaría, en el improbable caso de que se me ofreciera. Soy—como dijo de él Bossuet—una voz que decae y un ardor que se extingue. Por otra parte, mi prolongado silencio, que podría tomarse por enigmático y habilidoso, retarda o anula el proceso de aglutinación de las fuerzas vivas del liberalismo, que hay que salvar a todo trance, ahora más que nunca.

RICARDO JIMÉNEZ

Del *Diario de Costa Rica* de 14 de setiembre 1938.

*Mis labios, antes pródigos de versos y canciones,
ahora experimentan el deseo de dar
ánimo a quien desmaya, de verter bendiciones,
de ser caudal perenne de aquellas expresiones
que saben consolar ...*

Amado Nervo

El profesor estadista:

Oliveira Salazar

Presidente de Portugal

Con datos entresacados de *Le redressement portugais*,
de Emile Schreiber. Agosto de 1938.

El doctor Oliveira Salazar tiene hoy cuarenta y nueve años. Es alto, de porte sereno y distinguido, de color algo pálido. Sus ojos morenos son brillantes y profundos. A primera vista puede parecer frío, mas no lo es. Lo que parece frialdad es calma. «Nada puede sucederme que me saque de quicio—dice—. Me siento tan tranquilo en el lujo de un palacio como en la oscuridad de una prisión». Por la elegante moderación de sus gestos y expresiones, da una impresión de grandeza moral y de alta filosofía.

Tiene pocos puntos de común con los otros dictadores. Es extremadamente laborioso y frugal, como Hitler y Mussolini, pero no es plebeyo como ellos; ni es de temperamento militarista. A alguien que le reprochaba esto, le contestó: «Se me conceden algunas cualidades, pero carezco ciertamente de algunos defectos de ese género». Es enérgico, pero le tiene horror a la violencia. Hay muchos que no aprueban sus concepciones políticas, pero no hay quien no rinda homenaje a su integridad. La confianza que inspira su honradez a toda prueba es la fuerza

principal que lo mantiene en el poder, a más de la fuerza del ejército.

Como Hitler, es soltero perfecto y profundamente místico, con la diferencia de que su misticismo es hondamente católico. No le gustan los deportes, ni el teatro, ni el cine, ni la vida mundana.

Sus métodos de gobierno recuerdan los de Raimundo Poincaré. Como éste, es un intelectual definido y un hombre de acción, recta, simple y vigorosa.

Como administrador es de los que saben limitarse en los gastos y saben ahorrar. Su severidad a este respecto ha dado pie a muchas anécdotas, verdaderas o falsas. Se cuenta, por ejemplo, la siguiente. Habiendo invitado a almorzar a algunos amigos, fue tan escasito el menú, que los invitados llegaron al fin de la comida tristes y vacíos. En ese momento, dice él a la sirviente: «Ahora, traiga el pavo!». Sonrisa general de satisfacción. Se abre la puerta y entra en la sala un pavo vivo que se da a la tarea para la que está amaestrado: la de recoger las migajas caídas alrededor de la mesa.

El doctor Salazar ha logrado una de las cosas más difíciles de toda administración: la de evitar las filtraciones. Con este secreto y en virtud de los principios económicos que ha puesto en práctica, en circunstancias nada favorables, Portugal ha sido teatro de una transformación tan bri-

llante que no admite comparación con la de ningún otro país, durante los últimos diez años.

Véanse algunas de las fórmulas y algunos de los principios de este sabio gobernante.

Estudiar en la duda y realizar en la fe.

No hacer leyes de ensayo.

Ensayar primero las cosas, antes de convertirlas en leyes.

Los contribuyentes no existen para mantener a los funcionarios. Los funcionarios existen para servir a los contribuyentes. En consecuencia, no todas las oficinas pueden tener hora fija para la salida diaria. Hay trabajos que no se pueden cortar a toque de campana.

Fuéra del Estado y por encima del Estado hay reglas morales a las cuales el Estado debe subordinar su actividad, sea que dichas reglas sean deducidas de principios superiores al hombre o sea que se las haya buscado en la consciencia social. La salvación de la civilización es inconciliable con la falta de respeto a la palabra empeñada. Nada es más destructivo que la amoralidad o la inmoralidad de los gobiernos. *Todo está perdido cuando consciencias elásticas, interpretando exageradamente las situaciones difíciles e invocando el principio de que la necesidad no conoce ley, erigen la inmoralidad en teoría, en regla de acción política o económica.* El abandono generalizado de los principios que hacen posibles la vida social y la vida internacional, plantea el

problema de saber si los pueblos han cesado simplemente de ser inteligentes.

Proclamada la necesidad de la autoridad política y jurídica del Estado, hay que evitar su intromisión abusiva en la economía. Tiene el derecho de promover, armonizar y vigilar todas las actividades nacionales, pero sin tratar de absorberlas. El Estado orienta, sin convertirse en competidor. El Estado no debe ser agricultor, ni comerciante, ni industrial. No debe dominar la educación, ni la prensa, ni las organizaciones de diversión, y menos las de carácter religioso.

Durante el gobierno del doctor Salazar, Portugal ha cedido a empresas privadas—por vía de concurso público—los servicios de Estado de carácter industrial o comercial, los ferrocarriles, las redes telefónicas, etc. Hay libertad de importaciones y exportaciones, libertad de cambios, libertad de circulación de capitales, etc. El valor de la moneda es fijo desde 1928, año en que el doctor Salazar se hizo cargo de la cartera de Hacienda.

¿Podrá mantenerse el hermoso cuadro? Esto será en extremo difícil si la situación de las otras naciones no se mejora. Ya hoy mismo le parece al autor de este extracto que ha comenzado a faltarle al doctor Salazar la colaboración necesaria.

El Marxismo y las realidades

POR GASTON JEZE

L' Illustration, 13 de agosto de 1938.

El marxismo puede matar al capitalismo, pero no puede reemplazarlo. Porque el marxismo hace abstracción de las realidades. Las aplicaciones que se han hecho del marxismo, sea por los progresos de la legislación intervencionista, sea por la aplicación brutal de ciertas medidas marxistas, suministran una prueba decisiva de esta doble proposición. Si existe una crisis del capitalismo, ella se debe al intervencionismo.

En este estudio, forzosamente breve, dados el número y la amplitud de los problemas, señalaré solamente el problema de los salarios, y el del poder de compra, la semana de cuarenta horas, las huelgas o páros. Todos estos problemas están estrechamente ligados. Se trata siempre de los salarios.

En el sistema de producción capitalista, el salario es la remuneración del trabajador según el rendimiento o utilidad de su trabajo.

Como el rendimiento del trabajador depende de sus capacidades, de su inteligencia, de su celo y de la duración de su trabajo, existe necesariamente, en el sistema de producción capitalista, una gradación de los salarios: salarios altos, medios y bajos. El interés del trabajador es que el rendimiento de su trabajo sea lo más elevado posible, a fin de que su salario sea también lo más elevado posible. El interés del empresario es el mismo; para él, más vale un trabajador a rendimiento elevado, con alto salario, que un trabajador a rendimiento reducido, con salario bajo.

El interés general coincide con el del trabajador

y el del empresario. El bienestar general es mejorado por una actividad económica a gran rendimiento.

Un error grosero de los marxistas—hablo siempre de lo que se pasa en Francia—es el de creer y decir que los altos salarios aumentan el rendimiento del trabajo y que los bajos salarios lo disminuyen. ¿En virtud de qué paradoja sería así? ¿No trabajan por la ganancia los obreros, como los otros hombres?

La realidad es que hay que invertir la proposición. El alto rendimiento del trabajo hace posible y trae el alza de los salarios; el bajo rendimiento acarrea necesariamente la baja de los salarios. Como dice Ford: «Buenos salarios no pueden ser pagados sino cuando el obrero los gana. El obrero es quien hace posible los buenos salarios. El buen trabajo crea el buen salario».

*
**

El error de los marxistas ha sido agravado por la aplicación que han hecho de la teoría del poder de compra, considerada por ellos como teniendo por corolario su concepción sobre los altos salarios. Los altos salarios, han dicho, no solamente aumentan el rendimiento del trabajo, sino también el poder de compra de las masas y abren salidas a los productores.

Los hechos dan la respuesta. El fracaso sufrido por la teoría del poder de compra ha sido en Francia todavía más completo que en Estados Unidos. La quiebra ha sido total. Ha producido desastres tales que nuestro país no podrá ser curado sino por un régimen severo cuya aplicación estricta deberá durar varios años. Se puede leer, sobre este punto, la demostración magistral que acaba de hacer el profesor André Piettre, *La Política del poder de compra ante los hechos. Experiencia americana y experiencia francesa* (París, 1938).

«El deseo de los trabajadores de participar más ampliamente en el progreso económico es, ciertamente, muy legítimo. Pero la primera condición para lograrlo ¿no es acaso la de participar más ampliamente también en la buena marcha de las empresas?».

La realidad es que los altos salarios son nocivos si no corresponden al aumento del rendimiento del trabajo.

El salario es, en efecto, uno de los elementos esenciales del precio de costo. Un producto obtenido con débil rendimiento y salarios bajos tiene un precio de costo más alto que el producto obtenido por trabajadores a gran rendimiento y con altos salarios.

En estas condiciones, toda medida que tenga por efecto reducir el rendimiento y aumentar los salarios tiene por consecuencia obligada una catástrofe económica. Aquí también el error marxista sobre los salarios ha conducido en Francia, en 1936, a decisiones cuyas consecuencias son incalculables para la producción económica: me refiero a la reducción de la duración del trabajo con elevación de los salarios. Es la famosa ley de las cuarenta horas: esencialmente una ley de aumento de los salarios con reducción del rendimiento del trabajo. Económicamente, el desastre es incontestable. Es posible que por razones políticas, la ley de las cuarenta horas sea mantenida; no por ello se dejarán de sentir menos sus efectos. Toda elevación directa o indirecta de los salarios que no está acompañada de un acrecimiento del rendimiento del trabajo es una causa necesaria de marasmo económico y de miseria para la clase obrera.

*
* *

Llegamos así a un punto esencial sobre el cual no se puede insistir demasiado: el de la tasa de los

salarios. Los marxistas luchan por la abolición del salario, es decir por la supresión del salario tal cual es comprendido por el sistema capitalista de producción. Pero, mientras tanto, los marxistas reclaman altos salarios, creyendo que los salarios pueden ser fijados arbitrariamente. Según ellos, el productor capitalista fija arbitrariamente las ganancias a una tasa miserable. En consecuencia, los marxistas en Francia, aprovechándose de su llegada al poder, han impuesto en 1936 a los empresarios, por procedimientos diversos, salarios muy elevados, sin preocuparse para nada de las realidades.

La realidad es que la tasa de los salarios no la fijan arbitrariamente ni los empresarios ni los sindicatos obreros. La tasa depende esencialmente del rendimiento del trabajo. Esto es lo que puede llamarse la tasa económica de los salarios. Esta tasa económica es el punto fijo alrededor del cual oscilan los salarios reales, efectivos, los cuales son superiores o inferiores, pero dentro de límites bastante estrechos.

La amplitud de las oscilaciones de los salarios reales alrededor del salario económico es limitada.

Hay salarios económicamente posibles y salarios económicamente imposibles. Cuando la remuneración es demasiado elevada para el rendimiento obtenido, el precio de costo aumenta y la venta del producto se retarda; la producción se paraliza; al empresario le llega la ruina y a los trabajadores el páro. Inversamente, cuando el salario es demasiado bajo, los obreros se niegan a trabajar; la producción se paraliza, los empresarios se arruinan y el resultado final es igualmente el páro o desocupación.

El salario efectivo debe, pues, fijarse entre los límites inferior y superior de las oscilaciones, en la zona de indeterminación, como se ha dicho alguna vez.

En esta zona se ejercen eficazmente las fuerzas

respectivas y opuestas de los sindicatos obreros y de los sindicatos patronales; unas en el sentido del alza, otras en el sentido de la baja de los salarios. Esta lucha es legítima. Lo que es ilegítimo es la intervención del legislador, quien lo más a menudo ignora los problemas económicos y, casi siempre, obra bajo la influencia de preocupaciones electorales y demagógicas.

Otra vez: el salario no puede ser fijado arbitrariamente por los patronos o por los obreros. Apenas los límites de la zona de indeterminación son sobrepasados en un sentido o en otro, la productividad económica se resiente, y el empresario y el trabajador sufren, uno y otro, las consecuencias.

El intervencionismo en materia de salarios, por legislación directa o indirecta, debe ser enérgicamente rechazado como contrario a los intereses de los trabajadores y de los empresarios, y como un obstáculo para alcanzar el fin mismo de la organización de la producción: el mejoramiento del bienestar general.

*
* *

El problema del páro o desocupación se relaciona estrechamente con el problema del salario. Si hay páro, no es porque el trabajo falte. No habrá nunca demasiados trabajadores para todo lo que hay que hacer. Las necesidades de los hombres son ilimitadas. El sistema capitalista tiende a aumentarlas, al mismo tiempo que se ingenia para satisfacerlas. Si hay desocupados, es, por una parte, como consecuencia del intervencionismo, que estorba la producción, aumenta los precios de costo y cierra las salidas; y es, por otra parte, porque el trabajador no quiere hacer el trabajo que hay que hacer, ahí donde hay que hacerlo y por el salario económicamente posible. En Rusia no hay huelga, porque el trabajo es forzoso: el trabajador

no escoge ni el género de trabajo que le gusta, ni el lugar en que quiere trabajar, ni el salario que desea recibir, ni el tiempo durante el cual ha de trabajar. Es el dictador quien decide, y la fuerza brutal aplica la decisión. El régimen ruso es todo lo contrario del régimen de producción capitalista y no es, por cierto, un modelo que se pudiera nunca proponer.

El páro, hoy, no es la consecuencia del capitalismo; al contrario, el capitalismo lo combate, esforzándose por aumentar el consumo mediante la reducción del precio de costo y del precio de venta de los productos ofrecidos a los consumidores. Por la baja del precio de venta, el capitalismo pone al alcance de los más humildes, productos reservados antes a los más ricos.

El capitalismo no es responsable del páro; éste es producido por la legislación intervencionista exigida por las influencias socialistas. El páro resulta necesariamente de todos los obstáculos puestos a la libre circulación de las personas, de las mercaderías, de los capitales, en toda clase de formas (salarios mínimos, accesorios del salario, ley de las cuarenta horas, impuestos, prohibición de exportación de capitales, control de cambios, régimen aduanero, interdicciones, contingentamientos, nacionalismo, etc.). Es una ilusión de los marxistas querer suprimir el páro con estorbos a la libre actividad de los individuos.

Desgraciadamente, los socialistas encuentran audiencia fácil entre todas las categorías de la población, tanto de los obreros como de los empresarios, los industriales o los comerciantes. A cada uno le parece que el mal de que sufre se remedia con la protección del legislador. Y así se camina hacia la autarquía, el corporatismo, la supresión de la libertad económica y de las libertades públicas.

*
* *

Un estudio, por somero que sea, del marxismo y las realidades, no puede dejar completamente de lado las relaciones del marxismo y la democracia.

Sorprende ante todo el ver a los marxistas aliarse entre los defensores de las instituciones democráticas y ser acogidos como tales. Reclaman ellos como suyas la democracia política y la democracia económica. ¿Cómo pueden conciliarse estos dos artículos de su programa con este otro artículo fundamental: la dictadura del proletariado?

La realidad es que los marxistas combaten el fascismo, no porque éste sea un régimen de dictadura, sino porque el fascismo es el enemigo mortal de los socialistas y se los ha bien mostrado.

La palabra «democracia» no tiene el mismo significado para los marxistas y los no-marxistas. ¿Qué es «democracia política» y qué es «democracia económica»?

La democracia política existe, cualesquiera que sean los procedimientos técnicos de la organización política (elecciones, parlamento, etc.), cuando en un país la opinión pública puede, a todo instante, cambiar de gobernantes pacíficamente, sin violencia, sin revolución. Inglaterra monárquica, Bélgica monárquica, Holanda monárquica, Suiza republicana, Francia republicana, los Estados Unidos, son democracias. Rusia, Alemania, Italia, no son democracias. Si los marxistas instauraran en Francia la dictadura del proletariado, la opinión pública francesa no podría ya librarse de ella pacíficamente como se ha desembarazado de los gabinetes marxistas. Dejaría Francia de ser democracia. Los marxistas franceses no tratan de mantener las instituciones democráticas. Muy al con-

trario, por la dictadura del proletariado se esfuerzan en arruinarlas.

No solamente atacan directamente la democracia política, sino que además la socavan o minan indirectamente aumentando el número de los que, resueltos a defenderse de la dictadura del proletariado, no ven más remedio que un gobierno autoritario del tipo italiano o del modelo alemán. No hay que olvidar que son los socialistas italianos quienes, por sus excesos, trajeron el fascismo. Son los socialistas alemanes quienes, por su demagogia, han hecho posible el triunfo del hitlerismo. En Austria, la demagogia socialista provocó el régimen autoritario de Dollfus. Si en Francia se encuentran ardientes admiradores de los dictadores, es por obra de los marxistas franceses que a ello los incitan.

En realidad, los marxistas son los enemigos más temibles de la democracia política.

*
* *

La democracia económica no es más que un espejismo o clamor engañoso destinado a las masas incapaces de comprender los problemas de la organización económica. Así como en la democracia política el pueblo participa en el gobierno, así también—dicen—en el dominio económico los obreros deben participar en la dirección de la producción económica.

El error es manifiesto. Ante todo, en el dominio político no es cierto que la democracia exige que las masas participen en el gobierno. Son incapaces de ello; el régimen representativo descansa esencialmente en esta constatación del hecho de que las masas son incapaces de gobernar. Pero, aun si las masas fueran capaces de gobernar políticamente, ¿probaría esto que

las masas son capaces de dirigir una empresa económica?

La democracia económica, que responde al régimen de producción capitalista, es la democracia de los *consumidores*. No toca a los obreros decir qué hay que producir y cómo hay que producirlo. Los obreros, como los otros individuos, no tienen a este respecto más palabra que la que les concierna como consumidores.

Son los consumidores los electores económicos, cuya voluntad se impone a los productores. Todo productor que no produce al gusto de la clientela está condenado a la ruina. Pero no son los consumidores quienes dirigen la producción.

En la democracia política y en la democracia económica, la dirección no está confiada a las masas sino a quienes son los más capaces de dirigir. Los electores políticos forman la opinión pública, de que se inspiran los gobernantes políticos; los consumidores forman la opinión pública económica, de que se inspiran los productores.

La opinión de los electores políticos influye sobre la orientación de la política de los gobernantes; la opinión de los consumidores influye sobre la orientación de la producción de los empresarios. Tal es la realidad.

¿Es preciso concluir?

La política y la economía deben tomar en cuenta las realidades: hay que dejar a los hombres lo más de libertad posible: libertad política y libertad económica. El régimen de producción capitalista es el que asegura a los hombres esta mayor libertad.

Carta de Nietzsche a su madre

Basilea, 21 de setiembre de 1875.

Mi querida y buena madre: Ya desapareció también nuestra buena tía, dejándonos aún más solitarios. Envejecer e irse quedando solo, parece ser una misma cosa. Por último, nos quedamos solos con nosotros mismos, y nuestra muerte hace mayor la soledad de otros.

Precisamente porque apenas conocí a mi padre y tengo que formarme una idea de él por lo que de él me cuentan, eran para mí sus más cercanos parientes algo más de lo que suelen ser en general los que lo son en tal grado.

Me alegra el pensar que todas mis tías mantuvieron firmemente su carácter personal y originalísimo hasta la más avanzada edad, y que tuvieron la suficiente fuerza para depender lo menos posible de las circunstancias exteriores y de la dudosa benevolencia de los hombres. Me alegro de ello, porque esta es la cualidad racial de los que se llaman Nietzsche, cualidad que yo también poseo.

Tal es la razón de la gran simpatía que me profesaba la que ha muerto. Sentíase emparentada conmigo en lo principal, en la esencia fundamental nietzscheana, y yo honro su memoria deseando en lo más profundo de mi corazón no abdicar de mí mismo, esto es, del espíritu de mis padres, cuando llegue, si llego, a viejo.

Apuntes sobre

La Filosofía Estoica

POR HECTOR BEECHE

La finalidad de estas líneas es traer a la memoria de los lectores de la revista APUNTES esa filosofía estoica que en la antigüedad se hizo sentir en una forma tan notable en la vida social, por sus rasgos profundos, su influencia vigorosa en las costumbres y la pureza de su doctrina moral.

No se encontrarán aquí, pues, consideraciones extensas, sino una simple sinopsis dedicada a los pocos que todavía gustan de esa clase de estudios.

ORÍGENES

Para explicar el origen del estoicismo conviene un ligero examen de las principales tendencias que se destacaron en la historia de la filosofía antigua. Puede decirse que Sócrates fue el primer gran sabio heleno, al extremo de que la historia mencionada se divide en tres épocas, tomando como base la aparición de la doctrina socrática.

El período presocrático corre del siglo VI al IV antes de J. C. y no reviste importancia

para nuestro estudio; el segundo, sea el socrático propiamente dicho, comprende el siglo III antes de J. C. y es la cuna de las grandes escuelas antiguas; el tercero arranca desde la decadencia de Atenas hasta el cierre de la última escuela, en 529 de nuestra éra.

Sócrates, quien murió ejecutado a la edad de 70 años (399), desarrolló eminentemente aquella facultad de los griegos en cuyo ejercicio han sido grandes maestros: el diálogo razonado (*logos*). Por medio de la dialéctica, que pone en oposición las diversas doctrinas para fraguar el conocimiento, pretende llegar a la verdad. Muerto el gran maestro, la filosofía griega se bifurca en dos tendencias, el hedonismo y el estoicismo, representada la primera por los cirenaicos, con Aristipo, y la segunda por los cínicos, con Antístenes. No hablaremos de los grandes filósofos posteriores a Sócrates, como Platón y Aristóteles, porque sus concepciones los distancian de esas dos corrientes y tienen una personalidad propia tan notable que no se pueden incluir en ninguna de ellas. La característica de todas estas filosofías es el eudemonismo, que asienta la sabiduría en el logro de la felicidad.

La escuela cirenaica y la atomística de Leucipo y Demócrito dieron nacimiento a la filosofía de Epicuro, basada en la sensualidad y en el placer material; y la escuela cínica de Antístenes, cuyo principal discípulo fue Diógenes y que pre-

dicaba el desprecio de la materia, complaciéndose en castigar el cuerpo para acostumbrarlo a los sufrimientos, engendró el estoicismo primitivo, siendo Zenón el fundador de la nueva doctrina, hacia el año 300 a. J. C., en Atenas.

HISTORIA

Zenón nació en Citio (360-263 a. J. C.), pequeña ciudad de Fenicia, y era discípulo de Crates, quien lo era a su vez de Diógenes. Propaló sus enseñanzas en una galería abigarrada, de profusas columnas, llamada el Pórtico—*stoa* en griego—lo que dio el nombre a la escuela.

Muerto Zenón, otras figuras sobresalientes ilustraron el nuevo sistema filosófico, entre las cuales citaremos como discípulos del fundador a Crisipo (280-206 a. J. C.), Cleanto y Perseo.

Más tarde vemos aparecer el estoicismo medio con Panecio (185-110 a. J. C.) y Posidonio (135-50 a. J. C.) quienes, bajo la influencia del escepticismo, demuestran marcada orientación ecléctica. Durante esa época las escuelas atenienses son más didácticas que dialécticas, con visible intervención de la historia en las explicaciones y doctrinas, aspecto que Séneca hubo luégo de combatir y de repudiar. Mientras tanto, lo que quedaba del primitivo cinismo durante esos dos períodos del estoicismo, degeneró en un espectáculo degradante, que hizo dar a sus adeptos

el nombre de *filósofos de plaza*, por ser ellos individuos ridículos y exagerados en sus disciplinas, comparables con los famosos monjes mendigos de la Edad Media.

Al florecer la filosofía romana encontramos de nuevo la oposición entre el hedonismo y el estoicismo. Frente a Lucrecio Caro (91-55 a. J. C.) quien revivió en su poema *De rerum natura* la doctrina epicúrea, surgió Cicerón (106-46 a. J. C.), discípulo de Antíoco de Ascalona, lo que abre una nueva era para el estoicismo.

En el estoicismo nuevo figuran Dion Crisóstomo (siglo I de nuestra era); Séneca el filósofo, preceptor de Nerón, a quien éste ordenó que se abriera las venas (2-66); Epicteto, que pasó gran parte de su vida como esclavo, contemporáneo de Dominiciano (50-130); Arriano, discípulo de Epicteto, de quien recogió sus escritos, y autor de la *Anabasis* (siglo II de nuestra era); el emperador Marco Aurelio, en fin, considerado como el más sabio de los gobernantes romanos (121-180).

EVOLUCIÓN

Durante la primera fase, las principales características de la doctrina estoica son el eclecticismo de su conjunto y la rigidez de su ética. En efecto, su cosmología puede derivarse de la de Heráclito, toda vez que reconoce, como él, que existe un fuego primitivo que encierra en sí el germen

de todas las cosas; su lógica se relaciona con la de Aristóteles—el más grande sabio de la antigüedad—por aquello de que vincula íntimamente las cosas del mundo unas con otras, en evolución progresiva; y finalmente su ética está impregnada de la doctrina cínica, la cual transforma para restarle sus exageraciones y dejar tan sólo lo aceptable, conservando sus normas severas.

La filosofía de los estoicos medios está contenida mayormente en las enseñanzas de Panecio, quien preconiza una ética menos rígida que la del Pórtico primitivo, y en la Filosofía de la Historia de Posidonio, su discípulo, quien vivió en Rodas. Este último fue un espíritu de amplias miras científicas, con aspectos místicos y relieves pitagóricos. Dicen que profirió estas palabras: *Por más que me hagas sufrir, oh dolor, nunca confesaré que seas un mal!*

Los estoicos nuevos surgieron de una adaptación de la doctrina a la idiosincracia romana, cuya austeridad se avenía con los principios de aquella escuela, pudiendo reconocerse a Catón como uno de sus precursores. Esto no significa que por su parte las ideas epicúreas no encontraran en determinado sector un terreno fértil, donde dominaban la sensualidad y el culto del placer.

Entre las obras principales de los estoicos nuevos se encuentran las famosas *Cartas a Lucilio* de Séneca, escritas con pulcritud e ingenio, en

las que no ha faltado quien descubra semejanzas con el cristianismo; el *Manual* de Epicteto, recopilación de máximas recogidas por Arriano, donde se nota la reacción de la última época del estoicismo en su regreso hacia la pureza primitiva; y los *Pensamientos* de Marco Aurelio, que forman una admirable colección de máximas profundas y austeras.

PRINCIPALES RASGOS DEL ESTOICISMO

El estoicismo es panteísta: para él el universo no es solamente material, sino que forma un conjunto en donde todos los fenómenos están entrelazados, como si fuera un sér viviente cuyos órganos mantuvieran una íntima interdependencia, poseedor de una fuerza que lo anima, una alma que es Dios. Dios es para los estoicos, por lo tanto, la naturaleza misma, es la razón universal, que ellos llaman *Hegemonikon* del mundo o principio animador del universo.

Esa razón, desprovista de consciencia de sí misma en las plantas y aun en los animales, adquiere esa consciencia en los hombres: es su razón, el *Hegemonikon* del individuo. En Dios esa razón es una inteligencia universal a la cual nada escapa: no hay sitio, pues, para lo incierto; el determinismo es riguroso.

De ese determinismo arranca la doctrina cosmológica del ciclo eterno, según la cual el

mundo, después de terminar una evolución, estalla para iniciar un nuevo ciclo; y así sucesivamente, en períodos cósmicos similares, se reproduce eternamente. Se explica de tal suerte el afecto de los estoicos por los presagios, su creencia en las profecías y los honores tributados por Marco Aurelio a los magos y los augures: la ciencia de la adivinación o *Mántica* tiene para ellos una base científica, puesto que los acontecimientos se repiten en cada ciclo y es posible establecer relaciones entre los sucesos.

Como consecuencia de esa teoría, la importancia de la muerte es secundaria, puesto que siendo el universo entero el que está dotado de verdadera existencia, todo mortal vivirá de nuevo en tiempos posteriores, gracias a la evolución cíclica.

El panteísmo de los estoicos es naturalista. No obstante, es curioso notar que, en cierto modo y exceptuando a algunos de ellos, son también materialistas los estoicos cuando admiten que el *Hegumonikon* puede desaparecer, para reintegrar el principio universal, en el cual se consume al llegar el momento de la conflagración final de un período.

La metafísica estoica concuerda en un sentido con la religión popular hacia la cual mantiene, como dice Von Aster, una *actitud cordial*, puesto que admite que los diferentes dioses no son más que denominaciones varias de una misma divinidad, según la potencialidad que ésta despliegue.

Por lo demás, los estoicos profesaron siempre un gran respeto por aquella religión, lo que los llevó a hablar de los *dioses*: y se ha discutido si realmente la idea que ellos tenían de esos dioses no era la de unos sabios, al estilo de Sócrates y Diógenes, lo cual se parece mucho, también, a la concepción de los epicúreos.

ÉTICA

Epicteto dice: La primera parte y la más necesaria de la filosofía es la que trata de la práctica de los preceptos, tales como *no hay que mentir*; la segunda la que hace su demostración, sea *porqué no hay que mentir*; y la tercera es la que hace la verificación de esas demostraciones, tal como «el porqué de esas demostraciones y en qué consiste su certeza, su verdad; qué es demostración, consecuencia, oposición, verdad y falsía». Esta tercera parte es necesaria para la segunda, la segunda, para la primera, y ésta es la más indispensable de todas, aquella en que precisa detenerse y afirmarse. La primera parte es la que llamamos ética, en lo cual se constata la importancia de la moral para los estoicos, especialmente para los nuevos.

De la metafísica estoica de la naturaleza se deduce un determinismo riguroso; la única libertad que tiene el hombre es la de indiferencia; como consecuencia, la concepción de la sabiduría que tiene esa escuela filosófica consiste en dar

úno su adhesión a los acontecimientos, en querer libremente lo que es inevitable. Es un modo de identificarse con Dios. El estoico es, pues, un optimista completo y tal vez el único (con los *cientistas* modernos): el sabio se someterá a lo inevitable con alegría y pensará que en lo que en detalle pareciera malo es bueno en el conjunto, por lo que siendo todo bueno hay que estar feliz de lo que suceda: «La necesidad conduce con suavidad a todos los que la aceptan; por la violencia a aquellos que quieran resistirle».

Hay que vivir, pues, conforme a la razón. Epicteto dijo: «Sopórta y abstente». Es bueno lo que está conforme a la naturaleza; vivir de acuerdo con la naturaleza será vivir conforme a la razón, evitar la pasión que confunde y que es un error, una enfermedad del alma. El sér impasible será libre, feliz, todopoderoso, perfecto. «Esa impasibilidad del sabio es la *ataraxia* (*a*, privativo; *tarassein*, conmover), sosiego de espíritu, ausencia de inquietudes. Esta concepción corresponde en el estoicismo a la «apatía» epicúrea, o ausencia de dolor. La doctrina estoica se condensa a menudo en la célebre fórmula *abstine, substine* (abstente y sopórta).

¿Cómo se logra ese ideal? Para ello Epicteto distingue entre las cosas que dependen de nosotros y las que no están bajo nuestro control, porque no dependen de nuestra voluntad. La manera de discernir en qué situación está cada cosa

es definirla. Los estoicos dan gran importancia a la definición, aconsejan estar en guardia contra las fantasías de nuestra imaginación (*phantasia*). Para alcanzar la sabiduría bastará no desear más que lo que dependa de nosotros: el hombre no debe nunca trocarse en un esclavo de las cosas indiferentes (*adiaphora*); las âfecciones no deben jamás trasformarse en enfermedades (*pathos*). Los estoicos medios, para atenuar el rigor de la doctrina, habían establecido una distinción un poco casuista entre las cosas indiferentes: por ejemplo, la salud es preferible a las enfermedades, aunque ambas sean *adiaphora*. Los estoicos modernos suprimieron en su mayor parte esa diferenciación; así, para ellos no hay grados entre la virtud y el vicio, por lo cual el progreso moral no existe, y entre la sabiduría y la no-sabiduría no hay transición. A ese término medio que no admitían, le llamaban los estoicos modernos el *prokope*.

Tales son los rasgos más sobresalientes de la moral estoica. Epicteto, bajo el punto de vista práctico y teórico, siguió a los estoicos antiguos. Su originalidad consistió en condenar el suicidio, el cual, según parece, fue utilizado por Zenón.

JUICIOS CRÍTICOS ACERCA DE LA DOCTRINA

Algunos autores han criticado severamente el estoicismo, reprochándole su dureza; otros han visto precisamente en ella su hermosura. Más seria es la objeción que se le ha hecho de ser,

como la mayor parte de las doctrinas antiguas, profundamente eudemonista o sea una moral de la felicidad individual: para el estoico el «bien soberano» es la dicha suprema. Además, el principio de la «ataraxia» o pasividad es un principio de inacción, toda vez que el sabio tiene que mantenerse impassible, en la creencia de que no depende de nosotros modificar la marcha de las cosas; se ha dicho que esto equivale a condenar la acción, la iniciativa, y por lo tanto a admitir una doctrina decadente que a la larga conduciría al abandono de las ciencias.

La primera objeción ha sido planteada por aquellos que parten de un principio social para estudiar la ética y consideran la «sociedad» como un conjunto eminentemente rico en fenómenos de índole moral. Los «cientistas» han abordado el segundo punto, alegando que la muerte de la iniciativa reduce al hombre al estado de sér pasivo; la ciencia moderna pretende, por el contrario, utilizar todas y cada una de las actividades humanas para explorar todos sus problemas y profundizar los conocimientos hasta el grado de penetrar ese *Hegemonikon* misterioso que ha venido siendo la preocupación de todos los siglos. De esa confianza de los científicos en el conocimiento dimana el optimismo ilimitado que ellos demuestran. Ahora bien, si recordamos que el estoico es por definición un optimista, haremos la curiosa constatación de que las dos teorías

más opuestas de la Etica, llegan, por distintos caminos, al mismo resultado.

Hay otra semejanza observable entre las metafísicas estoica y cientista. Aunque los cientistas niegan la Metafísica, la utilizan bajo la forma de Hipótesis: tales hipótesis son como una metafísica evolutiva, que va mudando su aspecto en armonía con el progreso de las ciencias; entre esas hipótesis hay una que se podría llamar central, cual es la de que las energías diversas que están en los cuerpos, sea la vida, la fuerza de atracción, la afinidad, la repulsión, la materia, etc., no son más que diversas formas de una sola Energía, teoría que se ha adoptado para condensar las ideas y facilitar su manejo. Semejante doctrina es la que alienta a los sabios que buscan la reconstrucción de la célula, reconstrucción puramente química y que los vitalistas declaran imposible. El cientismo resulta, por consiguiente, el Panteísmo más absoluto que se pueda imaginar, lo cual constituye otro símil con la filosofía estoica: ambos admiten un *Heguemonikon*, un principio animador único, pero se diferencian en que el estoico sufre los efectos de ese principio y se amolda a él, mientras que el cientista lo penetra con el objeto de llegar un día a dominarlo y amoldarlo al hombre: el determinismo de los cientistas viene a ser en consecuencia una fórmula de progreso, mientras que el de los estoicos, en resumidas cuentas, no es más que un fatalismo optimista.

Muy honrosa referencia

El señor Presidente de la República termina con el siguiente trozo un jugoso artículo publicado en el *Diario de Costa Rica* de 30 de agosto de 1938:

Y ya para concluir no debo dejar sin respuesta la alusión que hace el señor Anderson a mi pequeña finca de Los Cartagos, cuando me dice que no me sentiría dispuesto a remover las cercas cuando así me lo demandara un inquieto vecino; y como mi actitud en la situación figurada por el señor Anderson sería la misma que adoptara el profesor don Elías Jiménez Rojas en caso análogo, voy a reproducir la opinión del citado señor Jiménez, cuando se le interrogó acerca del proyecto de arreglo de límites con Panamá durante la tercera administración del Lic. don Ricardo Jiménez. Don Elías dijo así en *La Tribuna* del martes 12 de febrero de 1935: «Hace 25 años que compré la finca urbana en que está mi casa de habitación. Supe después que el propietario de uno de los edificios lindantes, persona muchísimo más poderosa que yo en ese entonces, vivía disgustada, deseosa de cuadrar su terreno. Deshice el muro que nos separaba y lo rehice al gusto suyo. Perdí una faja de tierra, quedé en paz y me gané una valiosa amistad. Con el mismo criterio arreglaría yo, si me tocara hacerlo, la cuestión de límites

con Panamá: perdería tierras y trazaría la frontera en forma tal que, sin violentar la geografía, quedaran definitivamente satisfechos los panameños. La paz vale cualquier sacrificio que se haga por ella. Panamá no es una nación guerrera. Vive desarmada como Costa Rica. Haciéndose sinceramente amigas, las dos patrias se agrandan moralmente, aun cuando la una se estreche en el mapa».

Conversando después con un redactor del mismo diario, me limité a agregar estas palabras:

En todo orden de cosas, el país muestra una extraña mentalidad atrasada de muchísimos años y olvidada de la historia.

Se han perdonado con generosidad desmedida los abusos de Colombia, que «nos arrebató del modo más brutal y violento la posesión de Bocas del Toro y nos quitó andando los años la de Punta Burica»—palabras de don Cleto González Víquez—, y no se quiere entrar voluntariamente, alegremente, en arreglos que dejen definitivamente contentos a los panameños.

Se habla en nombre de un patriotismo incomprendible a estas horas, cuando era de esperarse que hasta nuestros niños supieran ya que las fronteras entre naciones de una raza semejante y de intereses idénticos, no significan más que simples líneas que se aceptan para las necesidades de la administración política.

Pequeño coloquio

—¡A sus órdenes, don Elías! Presiento lo que me aguarda. Jamás ha llamado usted a un periodista por puro gusto.

—No tenga miedo. Quiero corregir el reportaje que me hizo el sábado don Ramón Caldera. Tan sólo una corrección.

—¡Y él que creía «haber cumplido del mejor modo posible!».

—No le tenga lástima. Se negó a recibir por escrito mi rápida respuesta a sus preguntas, para atribuirme después expresiones que no son mías.

—Algún error de forma...

—La forma es tan importante como el fondo. Al hablar del proyecto del señor Rencoret, relativo a la tributación territorial, dije que era un gran mal seguir confundiendo el suelo con los bienes raíces que no son tierras y hasta con ciertos bienes que ni siquiera son inmuebles. En ningún momento hablé de «principios económicos muy exóticos». La exotiquez no constituye ningún defecto. El poder ser llevada de un país a otro o de un tiempo a otro, es la mejor prueba de bondad de una ley o de otra cosa cualquiera.

¡Mire usted si tiene importancia la forma! Ese adjetivo EXÓTICO ha bastado para que muchas personas me cuenten entre los que juzgan que los proyectos del señor Rencoret «están

fuera de la realidad costarricense», cuando yo, al contrario, considero que, por su frondosidad y su obligada ineficacia, cuadran admirablemente con el espíritu general de nuestra legislación actual.

—Me consta que usted ha sostenido siempre que el hombre de ciencia es necesariamente simplista: que quien simplifica va camino de la verdad.

—¿Sabe usted cuándo se habló mucho de la REALIDAD COSTARRICENSE? ¡Hace 50 años, fecha de la muerte de nuestra Universidad! Teníamos una universidad sencilla, deficiente, pero bien distinta del Ministerio de Instrucción Pública y destinada a futura perfección. Pues bien, se le dio muerte porque se la juzgó «fuera de la realidad costarricense» de aquel momento.

—Se comprende entonces que a usted no le haga gracia esa expresión!

De *La Tribuna* de 19 de julio de 1938.

Cuando el transeunte canta en la oscuridad, niega su inquietud, pero no por ello ve más claro.

Sigmund Freud

*

En un país próspero no pega la utopía. En los períodos de desastre económico, los incontables descontentos no sueñan más que con un cambio revolucionario, y naturalmente se inclinan hacia el socialismo.

Gaston Jéze

La Razón de la Sin-razón

POR JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(*Universidad, México*)

El imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual, es acaso el factor de la presente situación más nuevo, menos asimilable a nada del pretérito. Por lo menos en la historia europea hasta la fecha, nunca el vulgo había creído tener «ideas» sobre las cosas. Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios, hábitos mentales, pero no se imaginaba en posesión de opiniones teóricas sobre lo que las cosas son o deben ser—por ejemplo, sobre política o sobre literatura—. Le parecía bien o mal lo que el político proyectaba y hacía; aportaba o retiraba su adhesión, pero su actitud se reducía a repercutir, positiva o negativamente, la acción creadora de otros. Nunca se le ocurrió oponer a las «ideas» del político otras suyas; ni siquiera juzgar las «ideas» del político desde el tribunal de otras «ideas» que creía poseer. Lo mismo en arte y en los demás órdenes de la vida pública. Una innata consciencia de su limitación, de no estar calificado para teorizar, se lo vedaba completamente. La consecuencia automática de esto era que el vulgo no pensaba, ni de lejos, decidir en casi ninguna de las actividades públicas, que en su mayor parte son de índole teórica.

Hoy, en cambio, el hombre medio tiene las «ideas» más taxativas sobre cuanto acontece en el universo. Por eso ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír, si ya tiene dentro cuanto hace falta? Ya no es razón de escuchar, sino, al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus «opiniones».

¿Pero no es esto una ventaja? ¿No representa un progreso enorme que las masas tengan «ideas», es decir, que sean cultas? En manera alguna. Las «ideas» de este hombre medio no son auténticamente ideas, ni su posesión es cultura. La idea es un jaque a la verdad. Quién quiera tener ideas, necesita antes disponerse a querer la verdad y aceptar las reglas de juego que ella imponga. No vale hablar de ideas u opiniones donde no se admite una instancia que las regula, una serie de normas a que en la discusión cabe apelar. Estas normas son los principios de la cultura. No me importa cuáles. Lo que digo es que no hay cultura donde no hay normas a que nuestros prójimos puedan recurrir. No hay cultura donde no hay principios de legalidad civil a qué apelar. No hay cultura donde no hay acatamiento de ciertas últimas posiciones intelectuales a qué referirse en la disputa. No hay cultura cuando no preside a las relaciones económicas un régimen de tráfico bajo el cual ampararse. No hay cul-

tura donde las pòlemicas estéticas no rëconòcen la necesidad de justificar la obra de arte.

Cuando faltan todas esas còsas no hay cultura; hay, en él sentido más estricto de la palabra, barbarie. Y esto es, nò nos hagamos ilusiones, lò que empieza a haber en Europa bajo la progresiva rebelión de las masas. El viajero que llega a un país bárbaro, sabe que en aquél territorio nò rigen principiõs a que quepa recurrir. No hay normas bárbaras propiamente. La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación.

El más y el menos de cultura se mide por la mayor o ménor precisión de las nòrmas. Donde hay poca, regulan éstas la vida sólo *grosso modo*; donde hay mucha, penetran hasta el detalle en el ejercicio de todas las actividades.

Cualquiera puede darse cuenta de que en Europa, desde hace años, han empezado a pasar «còsas raras». No se diga que parecen raras simplemente porque son nuevas. El entusiasmo por la innovaciòn es de tal modò ingénito en el europeo, que le ha llevadò a producir la historia más inquieta de cuantas se conocen. No se atribuya, pues, lò que estòs nuevos hechos tienen de raro a lo que tienen de nuevo, sino a la extrañísima vitola de estas novedades. Hé aquí lo nuevo: el derecho a no tener razòn, la razòn de la sin-razòn. Yo veo en ello la manifestaciòn más palpable del nuevo modò de ser de las masas,

por haberse resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. En su conducta política se revela la estructura del alma nueva de la manera más cruda y contundente; pero la clave está en el hermetismo intelectual. El hombre medio se encuentra con «ideas» dentro de sí, pero carece de la función de idear. Ni sospecha siquiera cuál es el elemento sutilísimo en que las ideas viven. Quiere opinar, pero no quiere aceptar las condiciones y el supuesto de todo opinar. De aquí que sus «ideas» no sean efectivamente sino apettitos con palabras, como las romanzas musicales.

Tener una idea es creer que se poseen las razones de ella, y es, por tanto, creer que existe una razón, un orbe de verdades inteligibles. Idear, opinar, es una y misma cosa con apelar a tal instancia, supeditarse a ella, aceptar su Código y su sentencia, creer, por tanto, que la forma superior de la convivencia es el diálogo en que se discuten las razones de nuestras ideas. Pero el hombre-masa se sentiría perdido si aceptase la discusión, e instintivamente repudia la obligación de acatar esa instancia suprema que se halla fuera de él. Por eso, lo «nuevo» es en Europa «acabar con las discusiones», y se detesta toda forma de convivencia que por sí misma implique acatamiento de normas objetivas, desde la conversación hasta el Parlamento, pasando por la ciencia. Esto quiere decir que se renuncia a la convivencia de cultura, que es una

convivencia bajo normas, y se retrocede a una convivencia bárbara. Se suprimen todos los trámites normales y se va directamente a la imposición de lo que se desea. El hermetismo del alma, que, como hemos visto antes, empuja a la masa para que intervenga en toda la vida pública, la lleva también, inexorablemente, a un procedimiento único de intervención: la acción directa.

El día que se reconstruya la génesis de nuestro tiempo, se advertirá que las primeras notas de su peculiar melodía sonaron en aquellos grupos sindicalistas y realistas franceses de hacia 1900, inventores de la manera y la palabra «acción directa». Perpetuamente el hombre ha acudido a la violencia: unas veces este recurso era simplemente un crimen y no nos interesa. Pero otras era la violencia el medio a que ocurría el que había agotado antes todos los demás para defender la razón y la justicia que creía tener. Será muy lamentable que la condición humana lleve una y otra vez a esta forma de violencia, pero es innegable que ella significa el mayor homenaje a la razón y a la justicia. Como que no es tal violencia otra cosa que la razón exasperada. La fuerza era, en efecto, la última *ratio*. Un poco estúpidamente ha solido entenderse con ironía esta expresión, que declara muy bien el previo rendimiento de la fuerza a las normas racionales. La civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a última *ratio*.

Ahora empezamos a ver esto con sobrada claridad, porque la «acción directa» consiste en invertir el orden y proclamar la violencia como *prima ratio*, en rigor, como única razón. Es ella la norma que propone la anulación de toda norma, que suprime todo intermediario entre nuestro propósito y su imposición. Es la Carta Magna de la barbarie.

Conviene recordar que en todo tiempo cuando la masa, por uno u otro motivo, ha actuado en la vida pública, lo ha hecho en forma de «acción directa». Fue, pues, siempre el modo de operar natural a las masas, y corrobora enérgicamente la tesis de este ensayo el hecho patente de que ahora, cuando la intervención directora de las masas en la vida pública ha pasado de casual e infrecuente a ser lo normal, aparezca la «acción directa» oficialmente como norma reconocida.

Toda la convivencia humana va cayendo bajo este nuevo régimen en que se suprimen las instancias indirectas. En el trato social se suprime la «buena educación». La literatura como «acción directa» se constituye en el insulto. Las relaciones sexuales reducen sus trámites.

¡Trámites, normas, cortesía, usos intermediarios, justicia, razón! ¿De qué vino inventar todo esto, crear tanta complicación? Todo ello se resume en la palabra civilización que, al través de la idea de *civis*, el ciudadano, descubre su propio origen. Se trata con todo ello de hacer posible

la ciudad, la comunidad, la convivencia. Por eso, si miramos por dentro cada uno de esos trebejos de la civilización que acabo de enumerar, hallaremos una entraña en todos. Todos, en efecto, suponen el deseo radical y progresivo de contar cada persona con las demás. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuenta con los demás. La barbarie es tendencia a la disociación. Y así todas las épocas bárbaras han sido tiempos de desparramamiento humano, pululación de mínimos grupos separados y hostiles.

La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. El liberalismo es el principio de derecho político, según el cual el Poder Público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aun a su costa, dejar hueco en el Estado en que él impera para que puedan vivir los que ni piensan ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo—conviene hoy recordar esto—es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo; más aún, con el enemigo débil. Era inverosímil que la especie humana hubiese llegado a una cosa tan bonita, tan paradójica, tan elegante, tan acrobática, tan antinatural. Por eso no debe sor-

prender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla. Es un ejercicio demasiado difícil y complicado para que se consolide en la tierra.

¡Convivir con el enemigo! ¡Gobernar con la oposición! ¿No empieza a ser ya incomprensible semejante ternura? Nada acusa con mayor claridad la fisonomía del presente como el hecho de que vayan siendo tan pocos los países donde existe la oposición. En casi todos, una masa homogénea pesa sobre el poder público y aplasta, aniquila todo grupo opositor. La masa—¿quién lo diría al ver su aspecto compacto y multitudinario?—no desea la convivencia con lo que no es ella. Odia a muerte lo que no es ella.

Yo no pienso que envejecer e irse quedando solo sean una misma cosa. Ha perdido el anciano padres, hermanos, hijos y compañeros de infancia y juventud, pero no está solo. Hay millares de chiquillos que en verdad están más solos. El anciano está rodeado de sus personales nietos y de los nietos de los muertos queridos. En todos estos nietos está vivo el pasado: ellos nos inspiran afectos más limpios y encienden en nosotros esa incomparable fuerza que se llama la esperanza.

La Guerra Civil de España, hace un siglo

POR RENE ARNAUD

Les Annales. París, agosto de 1936.

En el siglo XIX hubo dos Carlos, y dos guerras carlistas: la primera, de 1833 a 1840, hace justamente un siglo; y la segunda, de 1872 a 1876.

Al morir Fernando VII, en 1833, no dejó hijo varón sino dos mujeres, y eso complicó la sucesión al trono. Por descender los Borbones de España de Luis XIV, resultaba Fernando VII biznieta de Felipe V y nieto del gran rey a quien debía su corona. Como era imposible que ocupara el trono de España una mujer, por la famosa Ley Sálica de los reyes de Francia, aplicable a los de España, la corona tenía que recaer en el hermano de Fernando VII, Don Carlos; pero el dominio que ejercía sobre Fernando VII su joven esposa María Cristina, hizo que éste ordenara que a su muerte le sucediera su hija Isabel. Como Isabel no cumplía aún los tres años, quedaría como Regente María Cristina, que disfrutaría así del poder durante largos años.

Creyóse asegurado el porvenir de la regencia enviando a Don Carlos a Lisboa, casi desterrado, y haciendo que prestara juramento Isabel ante los Diputados a Cortes, de Castilla. Tales pre-

cauciones no evitaron la insurrección. Después de muerto Fernando VII, el 29 de setiembre de 1833, se sublevó el 3 de octubre la villa de Talavera, situada a cien kilómetros de Madrid, a favor de Don Carlos; y el 4 del mismo mes, Bilbao, proclamando al mismo Don Carlos, Carlos V de España.

Tal fue el principio de una guerra civil que habría de durar siete años, pues todavía en 1840 luchaban encarnizadamente los carlistas contra los cristinos, leales a la Regente María Cristina y a la Infanta Doña Isabel.

La insurrección, que había estallado simultáneamente en el centro de España, cerca de la capital, y en la provincia vasca, contaba entre los adeptos a Don Carlos, con los Grandes de España, casi todo el clero, algunos oficiales y funcionarios y la mayor parte de la nación, además de los montañeses de Navarra y Vizcaya, federalistas por tradición, dispuestos siempre a rebelarse contra la autoridad de Madrid, y que defendían celosamente sus fueros que les conferían los privilegios de la autonomía.

María Cristina, en cambio, sólo contaba con las ciudades de importancia y la mayoría de oficiales y funcionarios, y para hacer frente a los carlistas tuvo que buscar el apoyo de los liberales, sobre todo de aquellos que se oponían al poder absoluto y a la preponderancia de la Iglesia, en política. Le favorecía ser la representante del

poder constituido legalmente, lo cual le permitió sostenerse y vencer a los adversarios, no obstante su fuerza.

Esta guerra fue terrible; la historia se repite: los odios más enconados son los de hermanos y las guerras más crueles, las civiles. En ambos bandos la orden casi general era de exterminio para los prisioneros. El gran jefe carlista Zumalacárregui, desde el principio de la guerra hizo degollar, con toda sangre fría, a más de doscientos cristinos, *por faltarle cordel con qué atar sus manos*.

Un oficial inglés, Henningsen, que fue testigo de la lucha, al combatir en las filas de los carlistas, refiere el cruel episodio de la torre de la iglesia de Villafranca en que se habían refugiado los guardias nacionales fieles a la reina, con mujeres y niños. Faltándole a Zumalacárregui artillería para tomarla, la cercó de leña, regó en ella aguardiente y le prendió fuego. Como resultaba insostenible la posición de los sitiados, imploraron rendirse pidiendo gracia. «Esta guerra es sin cuartel», les contestó Zumalacárregui. Rogaron entonces se les permitiera confesarse, a lo que accedió el jefe carlista, y se rindieron. Apagaron el fuego, que había quemado o asfixiado a unos treinta combatientes, a tres mujeres y cuatro niños; el resto se encontraba en tal estado que hubo necesidad de sacarlos cargados de la torre. Fueron confesados inmediatamente y

fusilados, después de absueltos por el Dios que sólo predicó: «Amáos los unos a los otros».

Igual era la crueldad de los jefes cristinos. Rodil mandaba quemar toda casa que hubiese ocupado Don Carlos, aunque el propietario de ella no hubiera podido rehusarla por miedo a ser fusilado. Cuando algún desdichado alcalde recibía una orden de requisición de víveres y no podía dar cumplimiento a ella, por haberse anticipado los carlistas, se le pasaba por las armas, e igual suerte le aguardaba si no informaba sobre el movimiento del ejército carlista; en cambio, si lo hacía, éste lo fusilaba por espía. En tales condiciones la neutralidad era imposible; había que afiliarse a uno de los dos bandos.

Las proclamas de Rodil decían: «Destruid las vides, las cosechas, y quemad las casas, pues nuestra Graciosa Soberana desea que sean exterminadas y devastadas las provincias rebeldes». El epíteto de *Graciosa* en medio de palabras tan llenas de odio, resulta irónico, aunque sus adeptos así la consideraran a pesar de inspirar órdenes tan crueles.

En todas las latitudes y en todos los pueblos la guerra civil ha provocado siempre iguales horrores y excesos. Cada cual no ve en el adversario sino el traidor a la patria, digno de los mayores castigos, y tiene que correr mucha sangre para que se aplaquen los ánimos y sea posible la reconciliación nacional.

La guerra carlista estuvo a punto, como hoy, de provocar serias complicaciones internacionales. Austria, Prusia y Rusia, monarquías absolutas entonces, no ocultaban sus simpatías por Don Carlos y le enviaban dinero y voluntarios; por su parte, Francia e Inglaterra estaban a favor de María Cristina, y al lado de los cristinos combatían una legión francesa y una inglesa. Afortunadamente, la tan temida guerra europea no llegó a estallar.

En 1839, desalentados hasta los propios partidarios de Don Carlos, por la falta de energía de éste, se retiraron los vascos de la contienda firmando el convenio de Vergara, y en 1840 tuvo que refugiarse Don Carlos en Francia y fue internado en Bourges. María Cristina había resultado victoriosa; pero la ambición desenfrenada de los jefes que la habían hecho triunfar, sobre todo Espartero y Narváez, hizo que varias veces vacilara su trono y que tuviera que expatriarse dos veces. Por último, abdicó Isabel II.

El destino había querido que España, después de la caída de Napoleón, estuviera al abrigo de toda amenaza exterior; pero por desgracia su síno la ha hecho pasto de guerras intestinas, y es doloroso ver que tanto valor, devoción y sacrificio, características del pueblo español, se hayan empleado en la crueldad y la matanza.

Historia Anecdótica

POR JULIO VIVES GUERRA

El café huérfano.—Acaba de morir don Manuel Murillo, y con él se aleja una de las más familiares figuras de Bogotá.

Durante medio siglo vio Bogotá a don Manuel Murillo en el mismo sitio, siempre sonriente, siempre correcto, siempre señor, ostentando tras el mostrador su cara franca y amplia, rematada por espesa perilla que lo hacía semejarse a uno de los personajes de Rembrandt.

Aún está fresca la pluma con que se escribió hace poco la fantasía sobre el Café de *La Gran Vía*:

«Café antañero de *La Gran Vía*,
sentado tristemente en un rincón
te contemplo a la luz de los recuerdos
y evoco el tiempo que pasó.
Con los ojos del alma veo,
en panorámica visión,
a los bohemios que antaño
tu recinto abrigó:
músicos y poetas
que, buscando el calor
de tus arcadas, hasta ti llegaban,
en los labios trayendo una canción
y trayendo alegría
en el corazón.

Un gentil caballero surge
detrás del mostrador:

.....

Es don Manuel Murillo
que, como el Ragueneau
de *Cyrano*, mima a los poetas
y ríe con ellos, siempre gran señor,
cuyo pergenio recordar parece
las figuras aquellas que pintó
Rembrandt en los claroscuros...

Es acaso *El Doctor*

Anatomista? Un reitre de *La Ronda
de Noche?* Es uno de los que el pintor
de luces negras y de sombras fúlgidas
inmortalizó!»

Sin ser un artista, ni un intelectual, fue un buen lector, y nadie puede recordar a los intelectuales y artistas del novecientos, sin recordar a don Manuel Murillo.

Porque fue como un hermano de todos ellos. Para todos tenía una palabra amable, un aplauso y una sonrisa.

Los oídos de don Manuel Murillo recibieron en sus caracoles las notas estridentes de *La Carcajada del Diablo*, los tempestuosos serventesios del *Idilio Eterno*, las tristes modulaciones del *Músico Bohemio*, los melancólicos zumbidos de *La Abeja*, los regocijados chispazos de *Cástor y Pólux*; y para todos tenía sus sonrisas y sus frases alentadoras.

Más tarde, tocóle a don Manuel Murillo oír la detonación del tiro con que Ricardo Rendón se tuneló la cabeza, y fue él quien paternalmente recogió el cuerpo del gran artista, cuyo pálido rostro bañó con sus lágrimas.

Hoy ya don Manuel Murillo fué a reunirse con sus antiguos compañeros, que lo habrán recibido regocijada y fraternalmente, como en la tierra.

Hace casi treinta años vine por primera vez a Bogotá, y al día siguiente de mi llegada fuí con el poeta Delio Seraville a *La Gran Vía*.

—Don Manuel—díjole Seraville al señor Murillo—, aquí le traigo este nuevo amigo: poeta y antioqueño.

Y don Manuel, siempre con su amable sonrisa, me dijo mientras me abrazaba, recordando la iniciación del poeta Vargas Tamayo en *La Gruta Simbólica*:

—Poeta y antioqueño? Respeto su triple desgracia.

—¿Por qué triple?—le pregunté.

—La desgracia de ser poeta, una; la desgracia de ser antioqueño, dos; y la desgracia de no ser bogotano, tres.

Reímos Seraville y yo muy cordialmente. Desde ese día me unió con don Manuel Murillo una amistad que sólo la muerte interrumpe, aunque no rompe.

Y hoy, cuando veo cerradas las puertas del Café *La Gran Vía*, evoco el poema:

«Café de *La Gran Via*,
Café de *La Gran Via!*,
ya todo aquello pasó!
Ya no más en tu recinto
escucharemos tú y yo
esa voz que para siempre
enmudeció...
mientras el cariño aleteaba
de corazón a corazón».

«**Un Momento!**».—La generación actual no conoce siquiera el nombre de Marcel Rodríguez, y éste fue uno de los poetas más inspirados del último cuarto del siglo pasado; y ese desconocimiento se debe a que aquél murió cuando apenas contaba veinticinco años, en el de 1885.

En el *Parnaso Colombiano* que editó Julio Añez—ese otro poeta, a quien tanto le debe la literatura patria—, hay algunas poesías de Marcel, entre ellas una que se titula *Un Momento!*—si no ando mal de recuerdos—, la que mereció grandes elogios de la crítica española, cuyas grímpolas empuñaban en aquellos tiempos Manuel de la Revilla, Leopoldo Alas y Palacio Valdés.

Quiero hoy relatar la manera como nació el poema *Un Momento!*—una de las más hermosas piezas poéticas del género elegíaco que han salido en Colombia.

Marcel Rodríguez pertenecía a una acaudalada familia de San Jerónimo, riquísima pobla-

ción antioqueña, célebre por sus extensos arrozales, que la rodean a pérdida de vista. El jefe de esa familia, don José María Rodríguez, gastó buena parte de su fortuna en educar a sus hijos, quienes, por su talento y su consagración al estudio, alcanzaron lucidos grados en medicina y jurisprudencia.

Una vez iba Marcel de San Jerónimo para Medellín, cuando apenas si tendría veinte años, en compañía de su hermano Adán, y al llegar a una posada que había en el pintoresco alto de Boquerón, aquél detuvo su cabalgadura y, dirigiéndose a su hermano, le dijo:

«Un momento deténte, peregrino,
vuélve a mirar el áspero camino
que tu planta desnuda recorrió».

Adán, a su turno, detuvo su caballo y repuso:

—Ahí tienes un buen principio para un poema; debieras seguirlo.

—Pues si te parece buen principio lo seguiremos—contestó Marcel.

Y luégo, continuó:

«No siempre el porvenir es de bonanza,
y acaso falte al pecho la esperanza
si no recuerda que al luchar venció».

Ese fue el origen del poema *Un Momento!*, y de él recuerdo algunas estrofas, que copio:

«Puedes muy bien mirar de esta colina
que tu pasado en la extensión domina,
la huella ensangrentada de tu pie;
tu punto de partida allá muy lejos,
perdido entre los débiles reflejos
del recuerdo, que apenas se entrevé.
Más allá tu niñez, entre las brumas,
blanca como la túnica de espumas
con que viste el arroyo su cristal...
Mas la vida en su curso es cual torrente
que, al paso que se aleja de su fuente,
va enturbiando su líquido raudal».

Los matachistes.—Esta palabra es genuinamente bogotana, y a fe que merece subir a las columnas del Diccionario—si es que no ha subido aún—, porque tiene todos los visos de un descubrimiento idiomático.

Son muchos los episodios que se cuentan de los matachistes, y por vía de ilustración recordaré algunos, para que los lectores de provincia, que no hayan estado en Bogotá, sepan de manera fija lo que es esa plaga.

Alguna vez ponían en un café colmos, parecidos y adivinanzas, varios amigos, entre ellos Ricardo Rendón, y un joven bastante arrimado a la cola, de esos que celebran un chascarrillo y después lo asesinan al contarlo; un matachistes, en fin.

Rendón puso esta adivinanza, que fue celebrada por todos:

—¿Cuál es el animal que es dos animales?
 Diéronse por vencidos los otros, y entonces
 Rendón aclaró:

—El gato, porque es gato y araña.

El matachistes celebró la adivinanza y salió desolado a colocársela como propia a unos amigos de su pensión.

Hizo la pregunta, y cuando los compañeros se dieron por vencidos, les dijo:

—El gato, porque es gato y araña.

Un gracioso caso de chiste «degollado» es el que ocurrió hace unos treinta y cinco años con una conferencia de Clímaco Soto Borda.

No sé qué fiesta de caridad había en el Teatro de Colón, y uno de los números del programa era una conferencia del inspiradísimo autor del *Músico Bohemio*.

El público se reía las muelas con el relato que Soto Borda hacía de un viaje del Judío Errante por todo el mundo. Entre otras cosas, contaba el conferenciante que cuando el Judío Errante llegó a Inglaterra, la reina Victoria le gritó:

—¡Sál de Inglaterra!

El público reía a más no poder; pero quien estaba verdaderamente congestionado por la risa era un inglés muy querido en Bogotá, Mr. Simón Frankel, que mostraba las cordales a puro reír.

Cuando esa noche volvió a su hotel Mr. Frankel, uno de sus compañeros le preguntó:

—¿Qué tal estuvo la conferencia de Soto Borda, Mr. Frankel?

—Magníficamente—contestó el súbdito inglés, riendo de nuevo al recordar los chistes del poeta.

—Sí que siento no haber podido ir—repuso el otro.

—Mucho perdió usted, porque eso estuvo magníficamente. Lo que más me gustó fue que Soto contaba que cuando el Judío Errante llegó a Inglaterra, la reina le gritó:

—Vayáte de Londres...! Vayáte de Londres!

Un sonetino improvisado.—Si no recuerdo mal, fue Candelario Obeso quien primero escribió en Colombia poesías sentimentales en habla regional, pues si algunos habían ensayado antes ese género, lo habían hecho en versos jocosos.

Cuando llegó a Colombia el primer libro del poeta español Vicente Medina, *Aires Murcianos*, quienes éramos dados a los escarceos métricos lo leímos, lo releímos, y muchos le arrimamos el hombro a la tarea de imitar al sentido bardo peninsular.

Sin ir muy lejos, yo me resbalé hasta publicar un libro con el nombre de *Aires Antioqueños*.

Fue mi fraternal amigo Jesús del Corral quien me metió por el aro de ese libro, allá en el año de 1900, y para incitarme a escribir líricamente en el lenguaje de los montañeros de Antioquia,

echó sobre mi estro poético un alud de piropos que casi me hacen ruborizar.

Y fue que entré un domingo a la casa de Jesús y me lo encontré en su cuarto, recostado musulmicamente en una hamaca, leyendo y fumando.

—Ya leíste este libro?—me preguntó, indicándome el que tenía en la mano.

Vi el título: *Aires Murcianos*, por Vicente Medina.

—No, no lo he leído—contesté.

Entonces Jesús continuó la lectura en voz alta:

LA CANSERA

«Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas arrollás y pegás a la tierra?

.....

Por esta sendica se marchó aquel hijo que murió en la guerra!»

No bien hubo terminado, del Corral me dijo:

—¿Por qué no escribes tú algo así como unos aires antioqueños?

—Porque es muy rudo el lenguaje de nuestros campesinos—le contesté—, y no se presta para lo lírico y dolorido.

—Efectivamente—repuso Jesús—; pero si pones cuidado y corazón, verás que puedes escribir poesías sentimentales en el habla rústica de nuestros montañeses.

—Veré si puedo—le repliqué—, pero creo que eso es muy difícil, pues en esa clase de poesía no sólo hay que tener en cuenta el lenguaje campesino, sino la idea que pueda ser vertida por un montañero.

—Cierto—agregó Jesús—, porque sería un despropósito que un campesino dijera, por ejemplo:

«Regando rayitos dioro
asoma el sol puente el cerco,
comuamarilla custoria
que sialza en escuro templo».

Esa estrofa está en puro lenguaje campesino, pero esa idea no la vierte un montañero.

—Es verdad—repuse—, y por eso te digo que es muy difícil escribir sentimentalmente en lenguaje montañés.

—Tienes razón—añadió—, porque escribir jocosamente en lenguaje campesino es mollar, y en prueba, míra.

En seguida se bajó de la hamaca, acercóse al escritorio e improvisó el siguiente sonetino, que después publiqué yo y que el ilustrado profesor don Juanario Henao recogió después en un libro de *Cosas de Antioquia*:

«Mi novia, la negra Trina,
es güelerosa a cebolla
y tiene el color de l' olla
del jogón de la cocina.

Por esta negra tan fina
 mi ajento se desenrolla,
 pes mi negra es una polla
 que pronto será gallina.

Nos casaremos sin duda
 si mi taita da la plata,
 si la situación se muda,

si el vívere se abarata,
 si la negrita se ayuda
 y si el querer no me mata».

De G. G. G.—Varias veces he traído a esta sección el nombre del doctor Gregorio Gutiérrez González, uno de los más grandes poetas colombianos del siglo pasado, autor de la *Memoria sobre el Cultivo del Matz*, poema bucólico del cual dijo Menéndez Pelayo que «tiene pasajes no inferiores a las *Geórgicas* de Virgilio».

El doctor Gutiérrez González, en sus ratos de buen humor, charlaba regocijadamente, y sus oportunidades constituían la alegría de las tertulias vespertinas de atrio y botica en Sonsón y Medellín, las dos ciudades en donde habitó por muchos años.

Un domingo de Ramos llegó Gutiérrez González a su casa, y vio que uno de sus hijos, niño de diez años—que fue después el ilustrado escritor e historiógrafo doctor Rufino Gutiérrez—

estaba colocando en una de las ventanas un enorme ramo bendito.

—¿Para qué pones ese ramo ahí?—le preguntó el poeta a su hijo.

—Para que no éntre el diablo, papá—contestó el niño.

—¿Y quién es el diablo?—le preguntó de nuevo don Gregorio.

—El diablo es... no sé... el diablo—respondió el niño, cuyos conocimientos en historia de la corte avernal estaban muy embrionarios.

—Míra, hijo—repuso el poeta—, el diablo es el hambre. De modo que no debes poner ese ramo en la ventana para que no éntre el diablo, sino en el comedor, para que salga.

Siendo Gutiérrez González magistrado del tribunal superior de Antioquia, un día se puso a buscar en su pupitre un documento muy importante, ayudado por su secretario.

Revolvieron papeles y papeles, pero el que necesitaban no surgía por parte alguna. Por fin, un poco calmados, resolvieron sacar de un cajón grande todos los papeles, uno por uno. Diéronse a la tarea, y cuando ya habían vaciado todo el cajón, en el propio fondo encontraron el que buscaban.

—Míre usted, doctor—le dijo el secretario—; el último papel del cajón es el que buscábamos.

A lo cual repuso el poeta, mientras desdoblaba el documento:

«En la continua batalla
que al entendimiento ofusca,
siempre el papel que se busca
es el último que se halla».

Aunque Gutiérrez González era católico a machamartillo, solía engarzarse en discusiones teológicas—más que todo por chanza—con su cuñado, el ilustrísimo obispo doctor José Joaquín Isaza.

Una vez estaban los dos en la tertulia de sobremesa, en el palacio episcopal de Medellín, y armaron discusión sobre la fe. Entre dimes y diretes, le preguntó el prelado a su hermano político:

—¿Entonces tú cómo defines la fe?

A lo cual respondió el poeta:

«Mira, Joaquín, que la fe
es ver lo que nunca vemos,
saber lo que fue o no fue,
creer lo que no creemos».

El Cristo y el puñal.—Don Roberto Muñoz Londoño es un inspiradísimo poeta colombiano, que empezó brillantemente, pero que dejó de escribir versos—al menos dejó de publicarlos—

porque el pan sin gloria prima sobre la gloria sin pan; pues hay gentes que piensan que un poeta no sirve sino para hacer versos—inclusive cierto ilustre prelado, que le prohibió a cierto magnífico poeta tonsurado hacer versos, diz que porque éstos estaban reñidos con las funciones sacerdotales.

Esto me recuerda la tan sabida anécdota de Eduardo del Palacio.

Ello fue que, siendo don Juan Valera embajador de España en Alemania o en Austria, tenía como uno de los altos empleados de la embajada a Eduardo del Palacio. En una fiesta que hubo en la embajada, a la que asistió el ministro de instrucción pública, el señor Valera le presentó a sus empleados. Llególe el turno de la presentación a don Eduardo, y Valera dijo:

—Señor ministro, tengo el gusto de presentarle a mi compañero el poeta don Eduardo del Palacio.

Y el ministro, con toda la insolencia teutona de aquellos tiempos, preguntó:

—¿Poeta? Y para qué sirve un poeta?

A lo cual contestó Eduardo del Palacio, con la más exquisita cortesía:

—Un poeta sirve para ministro de instrucción pública, como usted, y además para hacer versos, como no sirve usted.

Volviendo a Muñoz Londoño, quiero referirme

a una improvisación suya, cuando apenas si tendría él unos veinte años.

Estaba Muñoz Londoño de jira por el río Porce, en compañía de unos amigos, y quisieron bañarse en el bellissimo río (o «tomar un baño», como escriben ciertos corresponsales por darlas de elegantes).

Se desnudaron, y Muñoz Londoño, con toda naturalidad, colocó sobre sus ropas un crucifijo muy grande y un puñal pequeño, con empuñadura de plata, que llevaba en los bolsillos. Sus compañeros diéronse a admirar los dos objetos y, más que todo, a comentar el hecho de que dos cosas tan heterogéneas estuvieran sobre un mismo individuo. Roberto, ya fastidiado con los comentarios, les dijo:

—Si me prestan un lápiz y un papel, les digo por qué llevo siempre conmigo este crucifijo y este puñal.

Uno de sus compañeros, de apellido Cardona o Ríos, si mal no recuerdo, le prestó un lápiz y su libretín de bolsillo, y en éste improvisó Muñoz Londoño los siguientes versos, que años después publicó complementados con otros:

«Colgado sobre el pecho
con un cordón de seda,
por todas partes llevo
mi Cristo de marfil:
el único recuerdo
que de mi madre queda;
lo llevo sobre el pecho
con un cordón de seda,
y en él toda la angustia
de su dolor febril.

Colgado en la cintura
con un fajón de cuero,
llevo un puñal de plata
que brilla con el sol;
recuerdo de mi padre
que admiro y que venero,
lo llevo en la cintura
con un fajón de cuero
y finco en él mi orgullo
de indio y de español.

Cuando el demonio agita
mis furiosas pasiones,
me defiende mi Cristo
del pecado mortal,
y contra las infamias
y contra las traiciones
mi puñal me defiende
partiendo corazones...
Por eso me acompañan
un Cristo y un puñal».

Del *Diario de Costa Rica*

25 de setiembre de 1938.

—Vengo a quitarle un momento. Le aseguro que seré breve.

—Mis respuestas serán también medidas. Pierda usted cuidado.

—Usted es químico, habituado a la apreciación real. Por esto me han pedido algunas personas, hastiadas de sofismas, que le haga la siguiente pregunta: ¿Rechazó o nó Costa Rica el fallo del Presidente Loubet?

—¿Costa Rica? ¡Averíguelo Vargas! Los costarricenses lo rechazámos. Hablo de quienes no éramos diplomáticos y estábamos en uso de razón. ¿Cómo íbamos a considerar la sentencia de un juez que confesaba su incapacidad para dictarla? El fallo fue absurdo y la nota del Ministro Delcassé fue ridícula: completo el desprestigio francés.

—¿Y qué le parece a usted la opinión pública en este momento? ¡Ha pasado agua bajo el puente después de nuestra última conversación!

—Me parece que hay, como ocurre casi siempre, tres grupos de opinantes: el de los hombres de pensamiento (don Ricardo Jiménez, don Alberto Brenes Córdoba, el señor Presidente Cortés, don Alberto Echandi, don Arturo Volio, don Luis Anderson, don Julio Acosta, etc.); el tumultuoso de las masas urbanas y, por último,

el más grande, el silencioso de los campesinos. No sé por dónde vayan ahora los tumultuosos. Sí sé que entre los hombres de pensamiento, la mayor parte está por la fórmula final y simple que se expresa así: A LA GUERRA, VOLUNTARIAMENTE, NUNCA!

En cuanto a los campesinos, las víctimas más inocentes de todas las guerras, tengo una inmensa confianza en su espíritu de paz.

—Según usted, por consiguiente, si se votara por plebiscito la cuestión de límites con Panamá, obtendría el triunfo el arreglo que valientemente defiende el señor Presidente Cortés u otro arreglo semejante?

—Así lo creo. Pero no olvide usted que yo no soy partidario de los plebiscitos verdaderos sino en último extremo.

—He terminado, don Elías. ¡Que la patria se lo agradezca!

—¡Bellísima expresión, que no tendría sentido para quien creyera que la patria es simplemente el suelo!

¡Nó! La patria viva la constituyen esencialmente nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros compañeros todos y sus cosas queridas. Las tierras se compran o se venden por dinero. Muchos pedazos de Costa Rica pertenecen a ingleses, a alemanes, a italianos, a norteamericanos, etc. ¿Cómo puede ser que por cuestiones de tierras se vaya a afligir o a matar

la patria VIVA, la que no se puede vender ni comprar?

Esas personas tan apegadas al suelo—que más parecen árboles que hombres—, ¿se han preguntado alguna vez qué es la patria para los pueblos nómades?

Pocas actividades de la vida humana ostentan una tradición tan emocionante y tan íntimamente ligada al adelanto del hombre, como las comunicaciones. La historia de los transportes está unida a todos los medios de difusión disponibles para las ideas o el conocimiento. La imprenta, el telégrafo, el teléfono, el radio y los transportes por debajo y por encima del agua, por tierra y por aire, constituyen la historia misma de la civilización. La distribución de los bienes y el transporte de las personas influyen en las hambres, alivian los desastres, determinan las guerras, originan o impiden las crisis económicas. El comercio depende de los transportes tanto como la medicina. La conservación y el mejoramiento del estado de salud van unidas a las buenas comunicaciones. Y las comunicaciones son un producto directo de la habilidad del hombre para dominar o modificar su medio ambiente.

*
* *

Se alega que el nudismo es fisiológicamente necesario porque los rayos ultra-violeta del sol han estado deseando besar nuestra epidermis desde la época de la hoja de parra. No se puede negar que la radiación actínica tiene poderes terapéuticos extraordinarios en contra del raquitismo y las enfermedades similares. Como vehículo de la vitamina D, es un excelente sustituto del aceite de hígado de bacalao y tiene la ventaja de que se puede tomar acostado sin necesidad de ingerir cucharadas. Como cualquiera otra medicina, sin embargo, su dosis tiene que ser graduada profesionalmente. Centenares de personas mueren de insolación cada año.

A. M. TURANO

*
* *

El doctor Angell tenía que dar una conferencia en la capilla de la Universidad de Columbia. Al acercarse a la puerta de ésta, vió la señal: EMPUJE. Resolvió que esa palabra sería el tema de su conferencia; hablaría del valor de la agresividad en la vida y de la nobleza de la fuerza en el mundo.

Estando ya en la tribuna empezó: «No he sacado de la Biblia el texto de mi sermón, sino de una señal que se lee en la puerta de la capilla y que expresa la principal virtud que puede tener un hombre». Toda la concurrencia volvió la cabeza y leyó en la puerta de la capilla la palabra: JALE.

65632

TREJOS HERMANOS

IMPRESORES
